

---

---

### CAPITULO XXIII

#### LA PRENSA COMO FACTOR POLÍTICO.

##### I

**H**ASE considerado á la prensa como un factor poderoso de civilización. El aserto tiene sus visos de verdad; porque, efectivamente, el periódico es el vehículo más seguro para la transmisión de toda idea buena y útil. Esto, si se trata de una prensa ilustrada y respetable; pero cuando la palanca del «cuarto poder,» como se ha dado en apellidar á la prensa, está en manos inhábiles y poco limpias, desde luego que, en vez de constituir un elemento de progreso, es una terrible amenaza para la prosperidad de la república; pues nada más pernicioso para la salubridad pública que las atarjeas mal construídas.

La prensa, si cumple con decoro su cometido, es el libro pequeño y diario que llega á nutrir toda clase de cerebros y los educa, haciéndolos aptos para los ejercicios de la pública moralidad; mas corrompe y relaja las costumbres, cuando ignora el papel que ha de desempeñar en las sociedades modernas.



Ejerce el periódico una influencia decisiva en el ánimo popular, ya sea que describa en sus columnas cuadros trágicos de la vida íntima, ya sea que trate asuntos de más elevado interés. En uno y otro caso, deja huella indeleble en la mente del pueblo, y, según sea la índole del cotidiano lector, lo impulsa al crimen ó al perfecto ejercicio de la virtud. La responsabilidad que de esto nace—del periodista para sus lectores—es grande, porque, teniendo el periódico bajo su jurisdicción una colectividad numerosa, está en la obligación de ilustrarla, como lo estuviera un maestro de escuela respecto de sus educandos.

Según la época y los tiempos, la influencia de la prensa en la sociedad, ha sido determinada por los efectos del mayor ó menor desarrollo intelectual del individuo y de los grandes ó pequeños alcances de la evolución social. El rápido desarrollo de la prensa moderna hubiera sido una paradoja en los pueblos de atrasados períodos de tiempo, porque, sumidos los sujetos de pasadas épocas en un paréntesis de *statu quo*, y desconociendo la fuerza de la ley evolutiva, sería difícil para ellos la creencia de un estado mejor y más próspero. Vistas las cosas al contrario, los actuales pobladores de los países civilizados, retrocediendo á los tiempos idos, no conciben cómo pudo ser aquel estancamiento de los mayores, ni las causas que hubiesen producido los deseos de la no-evolución en el ánimo hasta de pensadores más ó menos acreditados de hombres sabios.

Estando en un período de verdadero avance moral y material, las cosas han ido cambiando lenta y

paulatinamente, hasta llegar al momento histórico actual. Durante la evolución, todo ha tenido que sufrir los rigores del cambio más ó menos sensible; es lógico que en ello haya participado más la parte intelectual, guiada por las impresiones del pensamiento. De ahí provino el empuje de la prensa. Creo que, cincuenta años atrás, ni quien pensara en la invención de las máquinas linotípicas, ni era posible que se imaginara una prensa que imprimiera á diversos colores y tire cien mil ejemplares por hora, siendo alimentada por la fuerza eléctrica.

Es que el destino intelectual marcha á la par de las perturbaciones ó fijejas de la paz pública. No eran posibles la invención y los adelantos del pensamiento en países conturbados por las incesantes guerras. Estalladas las revoluciones, el pensamiento suspendía temporalmente el ejercicio de sus inventivas. Por aquel entonces, los conflictos eran continuos y multiplicados, dejando en la imposibilidad á la mente para arrancar los secretos de la ciencia, ó hacer que surjan las maravillas del seno de la naturaleza. Convencidos los países de lo funesto de la labor destructiva, procuraron la estabilidad de la paz, relegando á los casos forzosos la guerra. Y cuando esto llegó al terreno práctico, el talento humano recobró sus fueros dormidos, y pudo dedicarse á las obras de la invención, sin temor de suspender sus científicas labores por las repentinas y bruscas perturbaciones interiores de las naciones hambrientas de conquistas y sedientas de mando y fuerza.

La prensa, á la que se dió poca importancia entonces, puso los cimientos de su nuevo desarrollo;



estableció las bases de un nuevo derrotero, y entró de lleno en un camino de amplios horizontes.

Corriendo los tiempos, hemos podido contemplar al periodismo formar parte poderosa en los gobiernos, sobre todo constitucionales. A esta participación tan directa se debe el agregado del *cuarto poder*. Porque la prensa, cumpliendo con su misión, ayuda al gobierno en sus faenas. Ella aplaude las virtudes cívicas; publica los diversos inventos de los ciudadanos; da á conocer los adelantos operados en el mundo; denuncia los delitos y ataca á los criminales, impugnando los vicios.

Tal es su misión. En vista de ella, se considera á la prensa como la más apropiada para inculcar las virtudes en el pueblo y enseñarle sus deberes; pues el periódico, por la comodidad del precio y otras particularidades, puede llegar á todas las manos.

Con esto, los gobiernos íntegros y amantes de su pueblo, procuran la protección de la prensa y garantizan su libertad completa, á fin de que no tenga coacciones de ningún género. Con leyes protectoras, la emisión del pensamiento escrito puede lograr su objeto más fácilmente.

Muchas veces los gobernantes, para ponerse á salvo de los cargos de la prensa, ellos mismos fundan y sostienen periódicos con los fondos del Tesoro, para que se constituyan en defensores de sus actos y sean los intérpretes entre ellos y el pueblo. Estos periódicos, según que se ocupen solamente de los actos oficiales, ó de los oficiales é intereses generales, se designan con los nombres de *periódicos oficiales* ó *periódicos semioficiales*.

Los primeros sólo tratan asuntos de gobierno, y los segundos, con el pretexto de independientes, logran entrar en la confianza del público, y lo inoculan con sus ideas, haciendo de él un devoto de la administración.

Fuera de estas dos clases de prensa, todos los demás periódicos, persiguiendo fines particulares, son órganos de determinados grupos políticos. Aunque algunos pretenden hacerse aparecer como gacetas de sociedades científicas, en el fondo llevan fines de política.

## II

En México pasa lo que en todas partes: la prensa, á la sombra de la paz, ha podido tener seguro desarrollo. Los elementos, que antes no se preocupaban por la lectura de un periódico, ahora no podrían vivir sin leer periódicos.

El progreso en este sentido, puede considerarse como asombroso; porque, disponiendo de grandiosas maquinarias modernas, los periódicos se han multiplicado.

No podemos desconocer tampoco el influjo que ha tenido la prensa en las bajas clases sociales, para quienes el periódico es un elemento ya de primera necesidad: alimentan el espíritu, del mismo modo que recibe alimentos el cuerpo. Ese pasto se los suministra la prensa.

Al principio de nuestro actual período histórico, no era tan fácil la consecución de la propaganda periódica, debido á lo subido de los precios. Caro el



periódico, no era accesible á todas las fortunas. Pero, gracias á los adelantos en este sentido, la baratura se impuso y la circulación se multiplicó profusamente. El periódico que, vendido á seis centavos, lanzaba á la circulación diez mil ejemplares, ahora, con precio de un centavo, tira el producto de diez mil por seis. A esto se deben los progresos de la prensa. Con elementos poderosos, el periodismo mexicano ha podido multiplicar la producción y bajar las tarifas de precios.

En cambio del aumento en la circulación, la prensa del país dista mucho de llenar su papel en la civilización de la república. Los elementos obtenidos conforme á los últimos descubrimientos en la materia, no han podido influir en el mejoramiento moral del periodismo nacional. Para que cumpliera éste á satisfacción, era necesario de que dispusiera de mejores elementos intelectuales, de los que en lo absoluto carece.

Siendo el periodismo una de las profesiones más complicadas y difíciles, era de suponerse que se compusiera de un personal idóneo y apto. Téngase en cuenta que un periodista está en la exigencia de tratar toda clase de cuestiones, relacionadas con los actos sociales; y como éstos se extienden á todos los elementos y á todos los medios, dedúcese de aquí que sólo conociendo materias enciclopédicas se adquieren aptitudes suficientes para el caso.

Precisamente—en la mayoría de los ocasiones—los puntos de más difícil resolución son tratados por un periodista falto de ilustración y ciencia; porque en México el periodismo lo ejercen personas poco cul-

tas y, á veces, nada escrupulosas en achaques de deberes sociales. Mientras el respetable gremio de los periodistas esté invadido por gente inhábil y torpe, las consecuencias tienen que hacerse sentir de un modo desfavorable sobre ideas y principios.

A fin de que no se crea que guía mi pluma algún interés bastardo, regístrese la prensa diaria de la capital, y se verá confirmado lo que llevo dicho.

Fijaré hechos.

Surgió la cuestión de la plata, y como asunto de palpitante interés, todos los periódicos emitieron opiniones en sendos artículos. Lo más raro del caso es que ninguno conocía el punto á discusión; artículos iban, artículos venían, y la resolución distaba mucho de despuntar. No sólo se hundió la prensa en un seguro naufragio, sino que arrastró tras de sí á todos los criterios serenos y sensatos; lo cual no era nada difícil, si se tiene presente que cada diario posee partidarios, de quienes aparece como capitán en jefe.

Un periódico, que blasona de serio, independiente y bien informado en toda clase de materias, y que se cree el mentor de las clases elevadas, se atrevió á afirmar que la plata adquiriría su verdadero valor, si el gobierno mandaba que se estableciera un tranvía eléctrico desde sus oficinas hasta la casa del director, á fin de tener todas las comodidades y no se le enfriara la inspiración en el camino. No precisamente dijo que un tranvía de las oficinas á su casa; pero sí el remedio fuera seguro, con sólo poner una línea férrea de la capital al puerto de Acapulco.

Ignoro por completo la relación que existe entre una vía ferrocarrilera á Acapulco y la fluctuación del



cambio, á no ser la absoluta falta de conocimientos económicos del que se atreve á asentar tales dislates.

Ese mismo periódico, tratando la cuestión de los empréstitos, dijo también que los gobiernos no debían contraer deudas de ningún género; pues, para llevar á cabo mejoras materiales que redunden en beneficio del país, ahí estaban las reservas del Tesoro, de las cuales se podían aprovechar cantidades para el objeto deseado.

Tanto lo primero como lo segundo, son productos de una ignorancia supina en cuestiones económicas. Porque la fluctuación de los cambios reconoce causas complejas y de un orden netamente abstracto, y las reservas del Tesoro no son para beneficiar á una generación, dejándole gravámenes á otra. Con haber estudiado un poco, de seguro que se hubiera ahorrado la sangrienta burla hecha á las ciencias económicas.

Y si digo que ese periódico funge como un oráculo, está dicho todo lo demás. Sin embargo, raras veces tiene conciencia de lo que publica; sus artículos, llenos de frases ampulosas, aplicadas lo mismo á un inodoro que á una exposición amorosa, son hijos de cerebros algo tupidos y esclavos de la frase; pero nunca aptos para despejar incógnitas, deslindar problemas y buscar soluciones ciertas á las palpitantes cuestiones sociales y filosóficas. Háse creído que con llenar columnas, están los negocios arreglados; resultando de esto que la redacción es el albergue de los «lisiados intelectuales,» incapaces de ser los directores de la opinión.

Para la ciencia económica se necesitan aptitudes especiales y dotes supremas y prácticas.

Lo mismo que ese eminente órgano de la opinión de sus autores, pasa con los del bando opuesto. Toman una cuestión y nunca la resuelven. ¿Por qué? Por la sencilla razón de no conocer á fondo los asuntos que tratan, ni saber cuál ciencia es indispensable para llenar sus deberes. Gente inútil en la lucha por la vida, se ha creído encontrar un pan seguro para llenar las necesidades de un estómago hambriento, al afiliarse en un periódico.

Todo esto parecerá una exageración, pero es lo cierto. La prensa de la república no conoce el nobilísimo papel que tiene que desempeñar en las sociedades modernas.

### III

Y los que son aptos para el caso, guiados por ambiciones personales, en todos sus escritos esgrimen el sofisma como arma de combate. Ellos fundan periódicos con el despecho: caídos de algún empleo, ó viendo rechazadas sus continuas solicitudes, procuran la venganza, atacando á tal ó cual funcionario público. Con esto, sean buenas ó malas sus gestiones, ellos las encuentran detestables, calificándolas con el crisol del amor propio vencido.

Esta clase de periodismo es peligrosa, porque nunca habla por convicción, sino por conveniencia personal. Presente esta circunstancia, el periódico ensalza á quien ayer atacaba, si éste cede al fin de la jornada. Dinero se buscaba, obteniendo el dinero,



el periodista tiene que adherirse á su donante, antes enemigo.

Estoy por asegurar que á ese gremio corresponden muchos periódicos; dando por resultado que la opinión de la prensa jamás puede ser independiente. Es cierto que muchos diarios se adjudican el título de tal; pero ese nombre sólo está impreso. Un periódico, por ejemplo, independiente, fundado para la oposición al gobierno, ¿cómo es posible que pueda serlo, si varios gobernadores contribuyen, aunque sea con tomar subscripciones, á su sostenimiento? A un gobernador que SE LE HACEN TOMAR DIEZ Y OCHO SUBSCRIPCIONES, no se le puede atacar la impunidad de sus actos, porque podría reclamar el trámite.

Y el periódico que tal cosa hace, no puede ser independiente.

Los gobernantes están en posesión de tan preciosos datos: cuando ven de cerca la importancia moral de un diario, mandan á llamar al redactor viajero (anunciado de antemano y dado á conocer), y después de pasarlo por sus dominios, «lo ponen» al corriente con algunos centenares de pesos. La cantidad no se dice, porque ella depende de circunstancias especiales.

Y ese periódico, que va de puerta en puerta y esperando que el castillo se rinda, ¿podrá ser independiente? No. Defenderá ó atacará, según las fluctuaciones de las entradas. (Aquí sí que los periodistas conocen la economía).

Si á su tenebroso paso dan con un gobernante probo y honrado, lo descuartizan, poniéndolo de oro

y azul, teniendo que perseguirlos la ley por calumniadores, aunque pongan el grito en el cielo. Eso sí, cuando tal cosa sucede, se quejan de falta de garantías, atropellos á la libertad de imprenta é infracciones á la Constitución. Pues al periodismo de hoy, si no se le deja zaherir y desgarrar reputaciones, clama á las leyes, y desconoce esas mismas leyes en lo tocante al derecho ajeno.

Por esta circunstancia surgen tantos periódicos, que mueren al poco tiempo de fundados.

Ahora, los órganos del gobierno pecan por el extremo contrario, porque su misión es defender á todo trance. Y estando en manos idénticas á los primeros, aunque ellos blasonen de sabios, desconocen las materias que tocan.

Que se consagren á la defensa del gobierno que los sostiene, en hora buena, para eso están bien dotados. Pero también están en el deber de ilustrar al pueblo, y no valerse de la posición oficial para atacar á determinados personajes, impulsados por resentimiento personal, como ha pasado últimamente.

#### IV

No puedo negar la intervención directa de la prensa en la política del país; pero también tengo que confesar ingenuamente que, desconociendo su papel, su influjo es inútil y peligroso.

Es muy conveniente que cada grupo político tenga su órgano, pero también lo es que ese órgano debe llenar su cometido; de lo contrario, es perjuro.



¿Cómo es posible que tantos ignorantes y mercenarios sean capaces de dirigir las clases sociales?

En el actual momento histórico, han manifestado sus tendencias las publicaciones periódicas, alardeando de un cinismo inaudito. No quiero yo que se inclinen á uno ú otro partido de los conocidos, pero si el público, que los lee y sostiene, está en el deber de exigir veracidad en la narración.

Ofuscados clericales, conservadores y liberales, por los científicos, ya no investigan sobre los actos del partido contrario; publican sendos artículos venenosos en contra del general Reyes, y laudatarios para el Partido Científico.

Los clericales atacan, porque creen encontrar un terrible enemigo si sube Reyes al poder, dadas las ideas liberales de este militar, los conservadores obedecen al pacto establecido entre ellos y los científicos, pacto que se llevó á cabo mediante la intervención de un yucateco, literato y diputado al Congreso, quien funge de intermediario entre la prensa conservadora y el Partido Científico; y los liberales (periodistas se entiende) obedecen á fines siniestros, porque tienen compromisos contraídos con los enemigos políticos del general Reyes. Motivos fueron todos esos para que en los últimos sucesos de Monterrey toda la prensa de la capital se pusiera en contra del gobernador de Nuevo León. A un periódico católico (el que se entiende con el literato yucateco) se le ofrecieron gastos de viaje, para que mandara á uno de sus redactores á tomar datos en el teatro de los hechos, á fin de que, en vista de lo realmente acontecido, hablara. El órgano cristiano se negó á

ello y siguió atacando sin tener fundamento. ¿A qué obedecía tan punible conducta? . . . . Pareció que, con el ofrecimiento, se le acrecieron los bríos y la campaña hostil, injustificada, llegó al colmo. Segunda á ese «importante diario» le hicieron los periódicos semi-oficiales, sostenidos para la defensa de los elementos del gobierno, impulsados por el odio personal, como si la posición oficial fuera ocasión propicia para vengar rencillas personales.

Durante más de seis meses, los órganos periódicos hicieron su agosto, en defensa del partido de los dineros. Si su conducta tuviera por único objeto la verdad, todo hombre público está bajo el dominio de la opinión pública, porque sus actos son de la jurisdicción de todos. Pero ellos perseguían fines depravados: querían el desprestigio completo del gobernante. Y, en su afán, se olvidaron de que una guerra sostenida en contra de un ciudadano por tanto tiempo, era capaz de inmortalizarlo.

Ellos dirigían sus ataques buscando su propio interés, y hé aquí que se constituyeron en pregoneros del que deseaban hundir en el profundo sepulcro del olvido.

Ahora, decidme; ¿será provechoso el influjo de una prensa escasa de conocimientos y llena de pasiones? Con elementos de esa índole, no se podrán conseguir los nobles fines á que debe aspirar la prensa del mundo en la civilización moderna.

Tampoco deseo que se conviertan los periódicos en órganos de personajes con cuyo credo no comulgan. Esta razón no la pueden alegar, pues se ha visto que el personal del periodismo no es lo que



debiera; por consiguiente, creo que, así como son incapaces de resolver un problema económico, lo son también para las cuestiones de la política, de por sí embrolladas y difíciles.

Con lo expuesto, se comprende que si la prensa no se purifica y selecciona su personal, tiene que ser sospechosa su conducta. Un drenaje absoluto, dará los resultados deseados, y las opiniones que se emitan entonces respecto de asuntos políticos, son de tenerse en cuenta, porque serían hijas del estudio sesudo.

Llevada á cabo esa mejora, que restituirá á la prensa á sus justos fueros, no habría periódico científico en el país que sostenga á ese partido de organización anémica y enclenque, compuesto de personas, aunque apreciables como caballeros, peligrosas como políticas.

Por hoy, declaro francamente que el elemento de la prensa es deficiente. Algunos alegan dificultades pecuniarias para la mejoría, pues todo lo bueno cuesta caro. Esta es una gran verdad.

Veo todos los tropiezos, pero las grandes empresas son para los grandes espíritus; y la prensa es la gran obra de la civilización moderna, y requiere, por lo mismo, los esfuerzos y las energías de los luchadores de razón, peso y verdad.

---

## CAPITULO XXIV.

### NECESIDAD DE LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO NACIONAL.—PERSONAS QUE PODRÍAN DIRIGIRLO.

#### I

**L**A principal cuestión que á todos preocupa en los países civilizados, es la acertada elección de su jefe de Estado. En las monarquías, esto no se hace tan difícil como en los Estados regidos por instituciones republicanas, democráticas, representativas y populares; por la sencilla razón de que, en los países monárquicos, el poder se transfiere por derechos de herencia. Cuando un jefe pasa á ultratumba, no es aventurado esperar el ascenso de uno que ya de antemano posee los conocimientos necesarios para empuñar las riendas del gobierno; concedores del futuro monarca,—como que tiene que recaer el poder precisamente en un sucesor conocido,—lo preparan para el ascenso: la corona se dedica á ilustrar al que tiene que subir al gobierno. Resultando de aquí que, muerto el príncipe reinante, no es remoto que le suceda uno apto para desempeñar á sa-